

Augusto d'Halmar

El París Balzaciano del 900



UANDO en 1907 llegué por primera vez a París, rumbo a Calcuta, mi primo el pintor Thomson, domiciliado a comienzos del siglo en el «Quartier Latin», en la misma dirección donde todavía habita en 1949, quiso hospedarme dentro de su órbita y me recomendó al Hotel Casimir Delavigne.

Tanto me aclimaté en la llamada Montaña Santa Genoveva, que, a mi vuelta forzosa de la India, busqué entre el dédalo de sus callejas tras el Pantheon, algún cuarto donde radicarme. En la angosta rue Lhomond, flanqueada por instituciones laicas y seminarios religiosos, recuerdo un discreto cartelito que me hizo llamar a un portón monacal, y un eclesiástico que me introdujo en un jardín soñado y un departamento ideal. La alcoba con gabinete y pensión, comprendida la ropa limpia, costaba noventa francos mensuales; pero había de someterse el postulante a cierta disciplina del almuerzo a las once, la cena a las siete y la

indefectible recogida a las nueve. Mi benévolo mentor no dejó de insinuar, como quien no quiere la cosa, que ciertas reglas podían ser transgredibles. Sin embargo, yo no hubiera sabido prometer y no cumplir; tampoco habría querido hacerlo a regañadientes; así, rehusé pesaroso aquella ganga, repechando desde la Plazoleta de la Estrapade, hasta San Medardo, y sólo pasado el Callejón del Tiesto de Hierro, antes de la Callejuela del Caballo Verde, un nuevo anuncio de alquiler hizome alto como una bandera de señales, y una conserje ya canónica, me enseñó en el primer piso, una alcoba con cocina, lo cual equivalía al lavabo y baño de los barrios residenciales. Una vez que deposité como arras los consabidos cien centavos del «denier à Dieu», en manos de esa pipelette, para la cual significaban una propina anticipada, Madame Chambaud, cuyo era su nombre, se espontaneó conmigo, empezando por dármelo y por suministrarme algunos datos sobre su vida privada y la de sus locatarios: ese «secrétaire» Luis XVI, ornato de su logia o portería, perteneció a un bisabuelo suyo, Convencional de 1792. Su marido era albañil. Su gata se apodaba Catilina, con un nombre nada femenino. La propietaria del comercio a la calle, una cremería, llamábase Mme. Kardec, hermana o cuñada del famoso espiritista bretón. Su doméstica, Celina. Mlle. Noelle Massanet, profesora de inglés y piano, en el segundo piso a la izquierda, había tenido relaciones con el académico François Coppée, aún viviente. Y, dos casas más arri-

ba, en el número 45, para precisarlo, M. de Balzac escribió setenta años antes, exactamente en 1835, su «Père Goriot». Respecto a ella misma, volviendo a su propia historia, venía siendo portera hacía quince años, del 39 de esa calle y, en otra colindante y atravesada que no podía nombrarse, lo fué otros veinticinco: ¡Media vida transcurrida en aquel Distrito Quinto, el «V Arrondissement» parisiense!

Diversas vinculaciones históricas en conexión con la barriada, debía ir comprobando conforme me instalé en ella. Supe, por ejemplo, que en la rue Tournefort, durante una de las bacanales en el taller del pintor Nin, allá por 1849, es decir hace un siglo, éste descolgó cierto esqueleto de entre sus cachivaches y lo sentó sobre la banqueta del piano, con los marfileños dedos puestos en el teclado. Chopin, ya tísico, protestó como buen católico, contra aquella irreverencia y desplazando al macabro pianista, improvisó por su cuenta algo lúgubre y patético que emocionara a la concurrencia; mas el compositor le transfirió su éxito al muerto desconocido, por haberle inspirado, dijo, el mejor tiempo de su Sonata en Si Bemol Menor... la misma Marcha Fúnebre que se ejecutó pocos meses después, a toda orquesta, en la parroquia de la Magdalena, durante las exequias del gran músico polaco.

¿No era en la Calle Nueva de Santa Genoveva, donde Balzac situaba la pensión Vauquer, de Goriot y su Vautrin? Y, como si fuera poco, más distante, pero en las inmediaciones, estuvo aquel Convento del

Petit Picqpus, cuyas bardas saltara Jean Valjean, perseguido por Javert, en «Los Miserables» y en cuyo jardín acabó compartiendo las funciones del jardinero, mientras educaban a Cosette en los recintos del claustro.

Entretanto yo iba estrechando lazos con mis vecinos: con la profesora del segundo—la amiga de Coppée—por nuestra forzada convivencia y, por razones comerciales, con Mme. Kardec, dueña de la cremería del piso bajo, donde me surtía de huevos, queso, mantequilla y leche, y con su sirvienta Celina, ambas bretonas bretonantes, cual suele decirse, aunque tan diversas una de otra, que bien vale la pena describirlas.

Mme. Kardec, por su nombre, hacía pensar sin querer en esa figura en que a uno le parece cifrarse el espiritualismo o, mejor dicho, el espiritismo del siglo XIX. Nombre y hombre, Allan Kardec, tendidos providencialmente como una pasadera sobre el valle de la separación entre la muerte y la vida.

La buena dama, probablemente venida a menos al enviudar, había abandonado entonces Nantes, para poner en París, con Celina, aquel comercio de qué vivir apenas, y tenía que luchar todavía contra las infantilidades o chocheos de su doméstica de toda la vida. Corpulenta y mayestática, el ama, la consideraba desde las alturas de su cofia mantesa, mientras la recadera vivaracha y pizpireta, se achaparraba como una rozagante manzanita para hacer sidra. Sin dejar de atender la clientela, «Oh Céline, oh ma fille!»,

reprochábale al verla escurrirse como una ardilla en la trastienda, tras toda una mañana perdida en gandulear, so pretexto de los mandados. Porque, mientras la viuda sedentaria no conocía, ni podría conocer a ese paso, sino la fachada frente a su vivienda, la inquieta Celina iba descubriendo París y, con la boca abierta y los brazos sobrecargados de encargos, curioseaba y huroneaba entre todos los corrillos y extasiábase como Gavroche ante cualquier escena callejera.

Desde mis ventanas veía encenderse en las del Instituto de Química de enfrente, con entrada por el bulevar Claude Bernard, los fuegos de hornillas, lámparas y crisoles, y a veces al cruzar la calle cambiaba un saludo de buena vecindad con cierto matrimonio de profesores, ella, por lo menos, de talante extranjero. Tenían un cobertizo ahí mismo, donde se proveían de material para sus experiencias. Después supe que, por aquella época, mis conocidos de «*bonjour*» y de «*il ne fait pas chaud aujourd'hui*» o de «*ce soir il ne fait pas froid*», seguían acumulando uranio, de cuyas radiaciones dedujeron el radio. Toda la gloria del milagroso descubrimiento cabía por entonces en un galpón de nuestra estrecha y empinada calle Lhomond; y sobre su perspectiva, con la torre y los árboles de San Medardo, siguen proyectándose en mis recuerdos las siluetas de la inmortal pareja: M. y Mme. Curie.

Mi portera, por su parte, me consideraba hasta tal punto de confianza, que, cualquier día, sin siquiera presionarla, se espontaneó conmigo y me confesó que

esa calle innumerable donde había vivido antes de esta nuestra de ahora y que figuraba en el índice de las calles «shocking» o inconvenientes, era aquella de Mouffetard, por la cual se interesó Víctor Hugo en el destierro: —«¿Subsiste Nôtre Dame?—le preguntaba en Guernesey el poeta, a cuantos venían de París.—¿Está todavía en el Louvre El Filósofo de Rembrandt? ¿No han mudado ni rebautizado la rue Mouffetard? ¡Entonces París sigue intacto!»

Pero Mme. Chambaud conocía tan poco el París «rive droite», como Mme. Kardec. Una vez cruzó el Sena, para festejar sus nupcias, en el restaurant Véfour, del Palais Royal. Ella conservaba el menú: Bouille-à-baisse, Vol-au-Vent, Tripes a la Mode y Mandarinas:—«D'auhténtiques mandarines d'Espagne, mon bon Monsieur d'Halmar! Vous vous figurez si l'on était fiers!» Y luego habían concluido la velada en la Opera Cómica, donde esa noche se dió «Luisa» de Charpentier. También guardaba el programa, los gemelos de teatro, el abanico y los guantes, y substituía incólume, entre alcanfores y espliegos, el traje de paño de Lyon con que fueron hasta Saint Etienne du Mont y hasta la «Mairie du Cinquième», en el mismo emplazamiento donde poco antes se alzaba la Pensión Bailly, de los primeros años de Baudelaire. «Tiens! Voilà encore un homme de lettres!»—profería al llegar a este punto, la resabida y resabiada Mme. Chambaud.

Imaginé para ella una sorpresa inolvidable dentro

de su modesto pasar. Con artimaña supe la fecha exacta de aquel enlace y, yendo a enterar ese año los treinticinco, las bodas de plata y algo más, nada menos, me dispuse a festejárselas repitiendo punto por punto los del programa: La llevaría a comer con su marido, al mismo sitio y luego al mismo teatro. Y como mi amistad con la gran cantante Mme. Mathieu Luz me era favorable, salió de ella prometerme para esa fecha la reposición de la misma ópera, aun en cartelera. Esto ya lindaba con el milagro.

Y, efectivamente, creyó soñar Mme. Chambaud, cuando un coche se detuvo ante nuestra morada, al atardecer de un 3 de septiembre, haciendo asomarse la gente a los balcones; y nos vieron bajar, de punta en blanco yo, tirada ella a cuatro alfileres. Había endosado el vestido de gros y los guantes legendarios y lucía su abanico del tiempo de la Emperatriz Eugenia. Sólo olvidó los gemelos, en la única oportunidad de aprovecharlos. Sólo faltaba el marido, una omisión deleznable. Porque el pobre M. Chambaud hubo de quedarse al cuidado de la portería, para «tirar el cordón», a los inquilinos. Su mujer le traería en un cucurucho alguna muestra de nuestro festín.

Y fué sonado. Cenamos, donde Véfour, uno por uno los platos enumerados, empezando por la bouille-à-baisse, concluyendo con las mandarinas. «—Des vraies mandarines d'Espagne, Monsieur d'Halmar!». ¡Ustedes se figuran si estábamos orgullosos! Y la «soirée» culminó en la Opera Cómica, con «Louise», lo

cual superaba toda expectativa y rayaba en apoteosis: «París, París, paradis de la femme!». A las altas horas volvieron a resonar los cascos de nuestros caballos en la subida Lhomond, y M. Chambaud dormía su segundo sueño cuando la volandera, pero sigilosa madama, se reintegró al tálamo conyugal.

Un día hube de partir. Me habían nombrado cónsul en Chiclayo, aunque mi portera pensaba debía de ser en Chicago. Sea como quiera, cuando me despedí y le pedí órdenes, apenas atinó entre sus lagrimones a encargarme café: «Du café cubain, monsieur d'Halmar, et que Dieu vous y ramène». Es cierto que el Perú no era Cuba, ni pasaba por ahí mi ruta; pero, la intención lo salvaría todo.

A tal punto lo salvó, que, andando el tiempo, transcurrido un interminable septenio, Dios quiso hacerme volver a Francia, durante la guerra del catorce, como corresponsal en campaña y, cierto atardecer de otoño me sorprendió frente al número 39 de la rue Lhomond. Una viejecilla tosía en una ventana a la calle. Me costó reconocerla y a ella más reconocermela. De pronto exhaló un grito: «Mon Dieu, si c'est Monsieur d'Halmar qui était bon comme du bon pain!» Me introdujo en la «loge» de donde ya no podía moverse el albañil, baldado por una caída desde un andamio. La gata Catilina, regalona de los alegres colegiales de antaño, había muerto. Sufrió jaquecas como una personita y, como a una persona, habíanle confeccionado una papalina para abrigarle la cabeza.

Y yo la imaginaba con su cofia parecida a la de Mme. Kardec, también muerta. Celina había regresado a Bretaña. Únicamente la profesora seguía en París, por los lados de Courbevoie...

Yo no tenía olvidado el encargo del café cubano, aunque, en puridad de verdad, lo había adquirido en esa mañana misma en el Emporio Colonial junto a la Magdalena. Saboreé una taza a la melancólica vera de aquellos dos sobrevivientes de una época llamada a desaparecer y me contaron confidencialmente sus aprensiones de que los prusianos volvieran a entrar como en 1870 y manifestaron, más quedo, su resolución de encender, en tal caso, una braserada letal y sucumbir juntos, antes de un nuevo desastre y una ocupación más.

Cuando les dejé cuchicheando, me sobrecogió, en el frío de afuera, el obscurecimiento de la Ciudad-Luz y la penumbra azulada de los faroles, para prevenirla contra los nocturnos ataques aéreos. ¡Era otro París, otra Europa, y comenzaba una Comedia Humana muy distinta a la de Balzac!

Santiago, 20 de julio de 1949.